



Pasen sus espejos

Éxodo 30:17-21; 38:8

No siempre nos gusta lo que vemos en el espejo, pero imaginemos lo difícil que sería la vida sin él. En un viaje reciente a Asia Central, conocí a una mujer que tenía muy poco. Vivía en una gasolinera abandonada rodeada de tierra seca y desolada. Ella y su pequeña familia vivían en un edificio que nunca estuvo destinado a ser habitado, sin electricidad, agua corriente o incluso un inodoro primitivo. Y, sin embargo, noté que había colgado un pequeño fragmento de un espejo roto en su pared de adobe. En el mundo antiguo, la mayoría de las mujeres nunca poseían un espejo. Siglos antes de que se inventaran los espejos de vidrio, las mujeres ricas de Turquía, Egipto, Japón y China veían sus reflejos en espejos profusamente decorados hechos de metales muy pulidos como el cobre o el bronce. Aunque no eran tan eficientes como los espejos de vidrio, ofrecían al menos un reflejo borroso de la persona que se miraba en ellos. Las mujeres adineradas los llevaban de un lado a otro y a veces se usaban en rituales religiosos. Algunos espejos antiguos incluían grabados de dioses o diosas. Éxodo 38:8 es un versículo fascinante que se pasa por alto fácilmente en un plan de lectura diaria de la Biblia. Este breve versículo es el foco del estudio bíblico de este mes:

“Hizo también la fuente de bronce y su base de bronce, de los espejos de las mujeres que servían a la puerta de la tienda de reunión”.

De la pobreza a la riqueza

Después de 430 años de esclavitud en Egipto, los israelitas habían sido liberados por la mano milagrosa de Dios. Experimentaron el milagro de las plagas y el cruce del Mar Rojo. Comieron maná y codornices provistos por la mano de Dios y bebieron agua fresca de una roca. Moisés recibió instrucciones de Dios mismo sobre cómo construir un tabernáculo donde Su pueblo pudiera adorarlo. Bezalel, el “él” en Éxodo 38:8, fue designado para supervisar el sitio de construcción, asegurándose de seguir todas las instrucciones de Dios. Para llevar a cabo tal proyecto de construcción, se pidió al pueblo que hiciera

donaciones. Pero después de cuatro siglos de esclavitud, no podían tener mucho que ofrecer en forma de dinero, joyas o galas. ¿O sí? Bueno, leemos en Éxodo 12, antes de salir de Egipto, Moisés instruyó a todas las mujeres de Israel para que pidieran prestado todo lo que pudieran de sus amantes egipcias. La Biblia registra que el pueblo de Israel también había hecho lo que Moisés les había ordenado, pues pidieron a los egipcios joyas de plata y oro y ropa. El SEÑOR había concedido al pueblo gracia a los ojos de los egipcios, y ellos les dieron lo que pidieron. Así que despojaron a los egipcios. Este botín fue útil cuando más tarde se pasó el plato de ofrendas. Las primeras rondas produjeron joyas de oro y plata y telas costosas que se usaron para fabricar muchos de los componentes del tabernáculo. De hecho, Moisés tuvo que decirles que dejaran de traer oro porque ya tenían suficiente. El inventario de sus ofrendas que se enumera en Éxodo 35:20-29 me recuerda una exposición que vi una vez de los tesoros egipcios de la tumba del faraón Tut:

“Trajeron broches, pendientes, anillos de sello, brazaletes, toda clase de objetos de oro, hilos azules o púrpuras o escarlatas, lino fino, plata, bronce, madera de acacia, piedras de ónice, piedras para engarzar, especias, aceite e incienso aromático”.

Tal vez más impresionante que el valor intrínseco de su botín, sin embargo, es la descripción de los corazones del pueblo.

“Y vinieron todos aquellos cuyo corazón los movió, y todos aquellos cuyo espíritu los movió, y trajeron la ofrenda del SEÑOR para que se usara para la tienda de reunión, y para todo su servicio, y para las vestiduras sagradas. Así vinieron, tanto hombres como mujeres. “Todos los que tenían un corazón generoso...” “Todas las mujeres cuyo corazón las movió a trabajar con su habilidad hicieron hilatura de pelo de cabra” (Éxodo 35:26).

“Todos los hombres y mujeres del pueblo de Israel, cuyo corazón los movió a traer algo para la obra que el SEÑOR había ordenado por medio de Moisés que se hiciera, lo trajeron como ofren-

da voluntaria al SEÑOR” (Éxodo 35:29). Vuelve a leer las palabras en mayúscula. Los corazones de la gente se conmovieron, se emocionaron y estuvieron dispuestos a contribuir con sus posesiones, habilidades y trabajo. Imagínate que después de más de cuatro siglos de esclavitud, privaciones y trabajos forzados, finalmente llegaron a poseer todos esos artículos de lujo. En ese contexto, es impresionante que voluntariamente renunciaran a sus nuevos tesoros para construir el nuevo lugar de adoración.

Las mujeres en el ministerio

En Éxodo 38:8, volvemos al foco de nuestro estudio:
“Hizo también la fuente de bronce y su base de bronce, de los espejos de las mujeres ministradoras que servían a la puerta del tabernáculo de reunión”.
Solo podemos especular sobre la identidad de estas “mujeres ministradoras” y la naturaleza de su servicio. Esta referencia oscura y solitaria deja muchas preguntas sin respuesta. ¿Cuál era la naturaleza de su servicio? El verbo hebreo usado para “ministrar” o “realizar tareas” se asocia más a menudo con agrupaciones militares. Quizás esto indica que las mujeres estaban organizadas en turnos para mantener su servicio específico ordenado y continuo. Es posible que en esta época, antes de la formalización de las funciones sacerdotales y levíticas, las mujeres desempeñaran un papel de asistencia en el Tabernáculo, aunque eso es solo una especulación. También es posible que su servicio fuera más de naturaleza práctica, manteniendo los suministros o limpiando. Algunos especulan que ayudaban en la preparación de la comida. En el contexto de la cultura de la iglesia moderna, tendemos a imaginarlas repartiendo boletines y saludando a quienes entran por la puerta, pero parece muy poco probable que esta sea la naturaleza de su servicio. Es mejor mirar otros pasajes del Antiguo Testamento para encontrar pistas de qué tipo de servicio realizaban las mujeres. Podría ser que la hermana de Moisés, Miriam, nos dé una idea. Justo después de que

los israelitas habían pasado milagrosamente por el Mar Rojo, leemos en Éxodo 15:20-21
“Miriam la profetisa, hermana de Aarón, tomó un pandero en su mano, y todas las mujeres salieron tras ella con panderos y danzas.”
Y Miriam les cantó: “Cantad al Señor, porque se ha magnificado gloriosamente; ha arrojado al mar al caballo y al jinete”.
Es posible que las mujeres se reunieran en la entrada con sus instrumentos, cantando, bailando y alabando a Dios, una especie de preludeo a la adoración que se realizaría en el interior. Desafortunadamente, simplemente no sabemos en qué tipo de ministerio estaban involucradas. Solo sabemos que eran conocidas por su servicio constante en la entrada de la tienda de reunión.

Un espíritu sacrificial.

Parece que estas mujeres están incluidas en las Escrituras no tanto por las tareas que realizaban sino por su espíritu de sacrificio. Cualquiera que sea la naturaleza de su ministerio diario en el Tabernáculo, el punto significativo es que donaron sus tesoros para su construcción. Cuando llegó el momento de elaborar el altar de bronce, Bezalel pasó el plato de ofrendas nuevamente. Esta vez, estaba pidiendo artículos hechos de bronce. Cada mujer puede haber tocado su preciado espejo con un suspiro mientras se hacía la súplica: otra ronda de sacrificio. ¿Fue difícil para estas mujeres renunciar a sus elegantes espejos? Ya habían renunciado a la mayoría de los artículos de lujo que habían empacado y sacado de Egipto, y parece que los dieron de buena gana. Habían usado de buena gana sus habilidades y tiempo para tejer hermosos lienzos y telas para el Tabernáculo. Como esclavas anteriores, sin duda disfrutaban de llevar consigo sus espejos bellamente tallados y pulidos a medida que pasaban sus días. Debe haberse sentido bien mirar su reflejo de la misma manera que lo habían hecho las damas ricas de Egipto. Renunciar a sus preciadas posesiones requería un corazón generoso y sacrificado. Después de todo, no podían simplemente ir a una tienda y reemplazarlas. No tenían esperanza de poseer algo tan valioso y

hermoso.

Estas mujeres son ejemplares. Renunciaron voluntariamente a sus preciadas posesiones por el bien de la obra del Señor. Una vez más se convirtieron en mujeres sin espejos, subrayando el hecho de que su enfoque no estaba en ellas mismas ni en su apariencia física. El enfoque no estaba en sus posesiones materiales, sino en su anhelo de adorar a Dios y alabarle en Su morada. No se les permitía a las mujeres El sacrificio que hicieron estas mujeres se vuelve aún más impresionante cuando observamos cómo se usaban realmente sus espejos. Nunca se les permitiría utilizar la palangana de bronce hecha con sus espejos. Ni siquiera llegaron a mirar una placa en un banco cada domingo reconociendo su ofrenda. Aunque leemos relatos de profetisas y otras mujeres que ministraron en la casa de Dios, la Escritura no deja ninguna duda de que a las mujeres se les prohibía pasar más allá del atrio exterior del Tabernáculo. A las mujeres ministrantes sólo se les permitía entrar a la tienda de reunión, mientras que la palangana de bronce estaba situada al lado del altar y, por lo tanto, estaba fuera de su alcance. Nunca la usarían. Tal vez ni siquiera la verían.

En Éxodo 30:17-21, el Señor le dio instrucciones a Moisés sobre el uso de la palangana de bronce.

“Y la pondrás entre la tienda de reunión y el altar, y pondrás en ella agua, con la cual Aarón y sus hijos se lavarán las manos y los pies... se lavarán con agua, para que no mueran”.

El altar y la palangana de bronce eran profundamente significativos como símbolos de la expiación y purificación de sangre, prefigurando el mensaje de salvación a través de Jesucristo, el Cordero de Dios. Se le dieron instrucciones específicas a Moisés, indicando que los sacerdotes debían ofrecer primero un sacrificio de sangre en el altar de bronce para el perdón de los pecados. Como sabemos, este derramamiento repetitivo de sangre apuntaba al sacrificio del Cordero de Dios sin mancha que se realizaría una vez por todas. Después del sacrificio, los sacerdotes debían dirigirse a la palangana de bronce hecha con los espejos de las mujeres. Allí debían

lavarse las manos y los pies antes de entrar en la presencia de Dios. No podían presentarse ante un Dios santo con ninguna impureza. Este ritual simbolizaba la santificación continua de quienes habían sido perdonados, y Dios lo tomaba muy en serio, declarando que debían observar este ritual “para que no mueran”. Aunque las mujeres nunca se lavarían en la palangana, entendían que sus pecados también serían perdonados a través de los sacrificios y la purificación ritual de los sacerdotes. Su temor al Señor y su creencia en Sus mandamientos las movieron a dar voluntariamente sus objetos preciosos para hacer los muebles del tabernáculo. Tenían una profunda reverencia y aprecio por el trabajo que los sacerdotes hacían en su nombre. Ellas entendieron que, a diferencia de la apariencia física, la limpieza espiritual solo era posible por lo que ocurría en el altar y en el Lugar Santo. Barbara Latta, autora colaboradora de Crosswalk, escribió: “Renunciar a sus espejos podría haber sido una ofrenda voluntaria de estas mujeres por devoción al Señor para significar que renunciaban a su deseo de mirarse a sí mismas y, en cambio, ahora miraban a su Libertador”.

Todos Uno en Cristo

El estudio de este pequeño versículo oscuro sobre las “mujeres ministradoras” es tan rico en matices para nosotros hoy. Una de las cosas que no podemos dejar de notar es el contraste entre el antiguo y el nuevo pacto. El altar de bronce se volvió obsoleto debido al sacrificio de Jesús por nosotros en la cruz. Gracias a la morada del Espíritu Santo, ya no usamos ritualísticamente agua bendita para purificarnos del pecado. Y por medio de Su muerte y resurrección para todos los que creen, la gruesa cortina que nos separaba de la parte más sagrada del Tabernáculo ha sido rasgada.

En Gálatas 3:28-29, nos regocijamos al leer:

“Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, entonces sois linaje de Abraham, herederos según la promesa”.

Como mujeres bajo el Nuevo Pacto, no necesitamos quedarnos fuera de las puertas ansiando que se nos permita entrar. Podemos entrar con valentía en la sala del trono de nuestro Creador, tan “linaje de Abraham” y “herederos según la promesa” como nuestros hermanos en Cristo. Aunque vivieron y sirvieron hace muchos años y en una cultura completamente diferente, nuestras antiguas hermanas hebreas todavía nos desafían hoy. Su mención, aunque breve, nos dice mucho sobre los motivos, el servicio desinteresado y la administración de nuestras posesiones. ¿Cómo podemos estar a la altura de su ejemplo?

Para debatir

1. ¿Cuáles son sus posesiones más preciadas? Seamos ricos o no, todos las tenemos. ¿Qué es lo que correría a recuperar en su casa en llamas? Ya sea de valor sentimental o intrínseco, todos podemos pensar en cosas que nos rompería el corazón perder. Si Dios se lo exigiera como un acto de adoración, ¿estaría dispuesto a sacrificar ese objeto por Él?
2. Lea Filipenses 2:3-4: “No hagan nada por egoísmo o vanidad; más bien, con humildad consideren a los demás como superiores a ustedes mismos. No busquen cada uno sus propios intereses, sino más bien los intereses de los demás”. ¿Le resulta más fácil gastar dinero en usted mismo o en los demás? ¿Le parece que \$50 son más importantes cuando considera darlos como ofrenda? ¿Está ansioso por dar a los demás incluso cuando no recibirá nada a cambio?
3. ¿Tiene alguna habilidad o talento para ofrecerle al Señor? En Éxodo 35, leemos acerca de “todas las mujeres cuyo corazón las impulsó a usar su habilidad”. Haz un inventario de tus talentos y habilidades y ponlos a disposición de tu iglesia, ministerio local o comunidad.

Acerca de la escritora:

Ruth McDonald ha servido como directora de Ministerios de Mujeres de FWB desde noviembre de 2022. Llega a este puesto después de 38 años de ministerio con su esposo Donnie como misionera en IM, Inc. (Free Will Baptist International Mission) en Japón. Nacida de plantadores de iglesias en el noroeste del Pacífico, Ruth también ha vivido en Arkansas, Missouri, Tennessee, Arizona, Carolina del Sur... y, por supuesto, Japón. Durante sus años en Japón, Ruth participó activamente en la plantación de iglesias, la música, el ministerio de niños, la evangelización y el discipulado. La pasión de Ruth es alentar a las mujeres en su fe a través de la escritura, la oratoria y la consejería. Donnie y Ruth tienen cuatro hijos adultos jóvenes y cuatro nietos. Su familia la describe como “loca, divertida, habladora y apasionada”.

